

COSMOPOLÍTICA OTOMÍ: LOS “AIRES NEFASTOS”, LOS “DIABLOS” Y EL COVID-19

Iván Pérez Téllez

ENAH-INAH

ivan.perez.tellez@gmail.com

RESUMEN

Este artículo aborda la visión otomí sobre el COVID-19; lo hace por medio de una serie de pinturas que don Alfonso Margarito García Téllez elaboró en el contexto de la pandemia. Don Alfonso recurre así a la práctica ya ensayada en sus libros, elaborados en papel amate a manera de códices, donde explica a la población no indígena algunos aspectos de la cosmología otomí. Sus pinturas son claramente un ejercicio de traducción, en ellas es posible entrever ese ejercicio cosmopolítico que realizan los otomíes para mantener separados las dos mitades del mundo: el mundo de Cristo-Sol y el del Diablo. La pandemia de COVID-19 sería así otra expresión de esta lucha cósmica dualista. Asimismo, este texto fue posible mediante distintas estrategias de investigación, desde llamadas telefónicas, las transmisiones en vivo de Facebook, entrevistas, y las pinturas elaboradas y explicadas directamente por García Téllez.

PALABRAS CLAVE

COSMOPOLÍTICA, CHAMANISMO, CULTURA OTOMÍ, COVID-19

ABSTRACT

This paper addresses the Otomi view on COVID-19; it does so through a series of paintings that Alfonso Margarito García Téllez made in the context of the pandemic. Alfonso is a shaman who resorts to the practice already rehearsed in his books, made on amate paper in the manner of codices, where he explains some aspects of Otomi cosmology to non-indigenous people. His paintings are clearly an exercise in translation, in them it is possible to glimpse that cosmopolitical exercise that Otomi people constantly perform to keep the two halves of the world separate: the world of *Cristo-Sol* (Christ-Sun) and that of *El Diablo* or the Devil. The COVID-19 pandemic beco-

mes thus another expression of this dualistic cosmic struggle. Additionally, this text was possible by using different research strategies, from phone calls, Facebook Live chats, interviews, and paintings made and explained directly by García Téllez.

KEY WORDS

COSMOPOLITICS, SHAMANISM, OTOMI CULTURE, COVID-19

Al inicio de la pandemia, hace poco más de un año, sostuve algunas conversaciones telefónicas con don Alfonso Margarito García Téllez, un connotado chamán otomí originario de San Pablito, acerca del COVID-19 (Pérez Téllez, 2020). Él es un hombre octogenario que vive de su labor terapéutica, ritual, y artesanal. Con cierta frecuencia, don Alfonso acude a la Ciudad de México a comercializar sus distintos trabajos elaborados en papel amate: pinturas, recortes, así como libros de su autoría que elabora a manera de códices (Déléage, 2018). De un tiempo acá, cuando viaja a la ciudad me contacta para que lo hospede o lo acompañe a algún sitio.

En el mes de abril de 2020, don Alfonso me llamó para lo que pensé sería una visita con fines comerciales. Sin embargo, debido al confinamiento impuesto por el COVID-19, le dije que no lo podría ver hasta que todo esto terminara —todavía no sabíamos que iba durar tanto tiempo. Señalé que cuando esto pasara lo iría a visitar a su casa en San Pablito, como ocurre cada vez que voy al municipio de Pahuatlán, Puebla. Al menor pretexto, sin embargo, don Alfonso comenzó a hablar sobre el COVID-19. Básicamente me dijo que no tuviera miedo, que todo el asunto de la pandemia no era verdad; aseguró que era un “invento” del gobierno pues, como ocurre desde la visión otomí, la enfermedad está siempre al acecho (Galinier, 1990; Gallardo, 2012); y, en esta ocasión, no eran más que los muertos en desgracia —los “aires nefastos”— los que andaban desatados enfermando (Galinier, 2016, p. 37) y no ese presumible virus (Pérez Téllez, 2021). De contraer esa enfermedad, aseguraba don Alfonso, bastaba con tomar algunas hierbas medicinales que él conocía para combatirla y salir bien librado (sobre el uso de plantas para el tratamiento del COVID-19, véase Sirén et al., 2021). En todo caso, me hizo ver don Alfonso, la forma más eficiente de paliar la enfermedad no era precisamente mediante el consumo de medicinas sino por medio de una “barrida”, así como participando de la vida ritual, del “Costumbre” (véase Gallardo, 2012, p. 47).

La elocuencia de lo que me había dicho don Alfonso la pude presenciar algunas semanas después. Por medio de una transmisión en vivo de Facebook, conseguí presenciar el ritual de 3 de mayo que los otomíes de San Pablito realizan en el cerro tutelar de la comunidad. Los otomíes, como sucede cada año, aun con pandemia, subieron al cerro sagrado a realizar “Costumbre”. Según se podía apreciar en el video, los participantes no guardaban distancia entre sí y el evento ritual congregaba a decenas de personas. Para ese momento parecía no haber infectados ni defunciones producto del COVID-19 en San Pablito ni en la cabecera municipal. Es decir, los otomíes no habían visto de manera contundente los efectos del virus o de los “aires nefastos”. Podría decirse que, de algún modo, para entonces los chamanes habían hecho lo correcto y habían conseguido crear un cerco a la enfermedad. Así, además de ofrendar a la cruz del cerro, se ofrendó a los aires patógenos, agentes principales de la enfermedad (Galínier, 1990, p. 219). En ese entonces, más que elucubrar sobre la pandemia, los otomíes echaron a andar de manera pragmática la maquinaria ritual para repeler la pandemia, es decir para frenar a los “aires nefastos” y mantenerlos a raya. Después de esas llamadas al inicio de la pandemia, don Alfonso y yo tuvimos poco contacto.

La “gran mentira” y el virus del COVID-19

En octubre de 2020 don Alfonso finalmente vino a la Ciudad de México, trajo a vender, como siempre, algunas de sus artesanías. Por la noche charlamos sobre el tema inevitable de la pandemia, él se mantenía escéptico —aunque traía cubrebocas— pero ahora decía que la pandemia era una “gran mentira” de los doctores; para este momento él ya había pensado una hipótesis más elaborada en la cual incorporaba cierta información que circulaba en los medios masivos de comunicación. Don Alfonso me relató:

Esa enfermedad, o esa mentira, llegó a México. Es muy enorme esa mentira porque engañaron a todas las gentes, a todos los países. Donde empezó, en los países japoneses, chinos, ellos todo pueden [hacer], como no creen en Dios, creen en los animales salvajes; son sus dioses los elefantes, los tigres son sus dioses. Entonces también los Diablos se pueden presentar con ellos, con los reyes. Por eso un día trató los Diablos con los reyes japoneses, que por motivo de que los sacerdotes no trabajan, nada más están esperando el dinero sin trabajar. Dicen los reyes que les daban envidia los sacerdotes. Por eso estudiaban cómo se puede fregar a los sacerdotes, pero no nada más los sacerdotes sino que también a

Dios. Por eso los reyes de allá no creen en Dios. Lo que sabe Dios, todo lo saben aquellos, dijeron. Pero no es cierto. Por eso cuando hablaba el Presidente del Infierno, [que] se llama Lucifer, le habló y [lo] mandó a todos los países para que coman carnes. Entonces por eso llegó a México una mentira enorme, entonces engañaron a las gentes. Dijo que era una enfermedad que se llama “Cororín”, pero no se dice “Cororín”, se dice: Ángeles de los Infiernos. Para saber, en México, en español se [les] dice: Ángeles [del Infierno].

Entonces les encantó que los mandaran que se coman a la gente, que coman carne. El Juez también se vino con Lucifer, dos hombres y una mujer. Esos son los que son mentira. Por eso dicen los Ángeles del Infierno que [ellos] no son los asesinos, nada más están comiendo lo que les están dando los doctores. Los doctores son los asesinos. Porque dijeron que ya está la enfermedad “Cororín” y no es cierto. Se hacen vacunas, se inyectaba a la gente pero es para morir; entonces al “Cororín” le da gusto que coman carne los Diablos.

Entonces en todos entró la mentira, en la cabeza de la gente. Hasta los sacerdotes, que tienen la Biblia en su mano cuando en la misa hablan de Cristo. El Cristo de nosotros ya sabemos que es el más fuerte de todo el mundo, pero ya se bajó su poder de Cristo porque la mentira entró en la cabeza de los sacerdotes. Y no es cierto, no debe de ser así, deben ponerse fuertes, como dijo Dios. Pero a Dios le dejaban [los sacerdotes], le agarraba el chisme, le tapaba la boca, y no deben de tapar la boca.

Nosotros tenemos que morir, como murió el Cristo, también nosotros morimos pero ya cuando dijo la orden, orden de Dios, [entonces] vamos a morir. Pero no por la mentira es que vamos a morir, no por los chismes. Toda la gente que están engañando se tapan la boca en todos los países. Pero no es cierto, nada más se pusieron así para engañarlos (Alfonso Margarito García Téllez, comunicación personal, 10 de octubre de 2020).

Sin un contexto cosmológico, sin las coordenadas en las que se sitúa don Alfonso, la narración se vuelve ininteligible, incluso disparatada. ¿En qué está pensando el chamán?, ¿qué nos quiere decir? Entendemos que el chamán está describiendo una suerte de conspiración a nivel global, producto de la envidia que los monarcas asiáticos sienten hacia los sacerdotes católicos debido a que no trabajan y reciben dinero. No obstante, señala que a quien quieren “debilitar” es a Dios. En la cosmología otomí existe una relación intrínseca entre Jesucristo y el Sol, de ahí que frecuentemente se hable de Cristo-Sol como una sola persona (Galinier, 1990, pp. 528-529). Además, el advenimiento de Cristo-Sol creó la era de los seres humanos, es decir el tiempo de los otomíes (Lazcarro, 2011).

Cosmológicamente hablando, los otomíes escinden el mundo en dos mitades que posibilitan la vida humana (Galinier, 1990). Así, el mundo está dividido en dos polos complementarios; la parte de arriba pertenece a Cristo-Sol y es ordenada, diur-

na, masculina y seca, y otra más pertenece al Diablo o *Zithû*, donde el caos, la noche, lo femenino y lo húmedo son las coordenadas que la definen. El cuerpo humano está dividido también de este modo: a la parte superior la caracteriza el pensamiento y, a la parte de abajo del ombligo la define la pulsión sexual. En principio, es en esta clave que don Alfonso nos narra esta gran pandemia. Así pues, un conflicto de por sí cósmico —la lucha entre las dos mitades opuestas del mundo— reveló una dimensión global debido a que los reyes asiáticos alentaron la enfermedad —hicieron brujería a nivel planetario— por medio de azuzar a los Ángeles del Infierno, encabezados por el *Zithû*, con las consecuencias que ya conocemos.

Don Alfonso asume que la pandemia por COVID-19 se trata de “una gran mentira” dado que nosotros confundimos un virus con lo que en realidad son los “aires nefastos” o más precisamente lo que él llama los Ángeles del Infierno, es decir el *Zithû* y sus huestes. De hecho, en la entrevista señala: “pero no se dice “Cororín”, se dice: “Ángeles de los Infiernos”. Así, para los otomíes, los agentes patógenos son los “aires nefastos”, vectores de la enfermedad (Galinier, 2016, p. 37); mas no se les pueden endilgar a ellos las muertes de las personas, pues siempre es posible negociar con los seres causantes de la enfermedad —hacer una limpia, entregar ofrendas— para resarcir la salud de cualquier paciente. En todo caso, los que asesinan son los propios doctores, de ahí el pavor que sienten los otomíes por las clínicas o los hospitales, pues, con o sin pandemia, son considerados lugares de depredación y agresión corporal (Galinier, 2016, p. 52).

Es posible, sin embargo, que la verdadera preocupación de don Alfonso sea el peligro de una “restauración del mundo de la oscuridad” (Galinier, 2016, p. 37). En esta clave propone también leer la pandemia de COVID-19. Es decir, para los otomíes, la lucha cósmica no sólo existió en los tiempos míticos, la amenaza está siempre latente —día a día y noche a noche— y se escenifica elocuentemente durante la fiesta del Carnaval otomí (Galinier, 2016, p. 37). Entonces, también es posible leer la pandemia como el peligro de un retorno a las cosas primigenias de la oscuridad; como una avanzada por parte de los monarcas asiáticos que no conocen al Cristo-Sol, ni comen tortillas ni hablan otomí, y en cambio veneran animales salvajes como los tigres o los elefantes, lo cual los torna seres bastante próximos a las humanidades fallidas y presolares, ancestros de los propios otomíes.

De hecho, los otomíes saben que existieron y perecieron distintos soles antes de que el actual Cristo-Sol gobernara el mundo (Galinier, 2016, p. 26). No es extraño, entonces, que la narrativa chamánica de don Alfonso sea consecuente con una cosmología que le atribuye al *Zithû* la máxima autoridad de una miríada de seres

patológicos —que se organizan a la manera de instancias de poder con cargos como presidente, juez o policía (Galinier, 2016, p. 26)— que luchan contra Cristo-Sol con miras a imponer un nuevo orden de cosas. En este sentido, incluso el hecho de portar el cubrebocas es un claro signo de sometimiento a esta “gran mentira” y en consecuencia de no creer en el poder la Dios —en la figura de Cristo-Sol— y en su fuerza; así, el hecho de que los sacerdotes lo usen expresa irremisiblemente que han sido sometidos y que Dios está siendo debilitado, como preludio a un inminente fin del mundo.

La fabricación de los cuerpos: las pinturas del COVID-19

Más recientemente, en marzo de 2021, vi nuevamente a don Alfonso en su casa de San Pablito. Para este encuentro él tenía una explicación más elaborada sobre el COVID-19. En algún momento de la charla le pregunté si ya había “corte” de COVID-19; me dijo que no, pero que en cambio había elaborado algunas pinturas. Estos bocetos pintados en papel amate, que se han ido acumulando y mutando al correr de los meses, perfilan una explicación otomí sobre el COVID-19 dirigida en principio a la población no indígena, continuando con esa tradición que empezó hace más de cuatro décadas con los “códices” que elabora, en los cuales narra desde una curación hasta una petición de lluvia (Déléage, 2018). En ellas, la explicación que meses atrás me había narrado estaba ahora plasmada en imágenes y texto. Estos objetos de pensamiento (Déléage, 2017) han servido claramente como explicaciones chamánicas destinadas a las personas no indígenas en un ejercicio antropológico de traducción por parte de García Téllez y, también, con fines plenamente comerciales ya que don Alfonso vive de vender su obra.

Entre los otomíes, una de las formas de convocar a las divinidades o espíritus es por medio de la fabricación de cuerpos de papel (Trejo et al., 2014). Siguiendo este procedimiento chamánico, don Alfonso Margarito creó las siguientes tres pinturas. En ellas, por medio del dibujo y la escritura, narra al espectador qué es el COVID-19 o, en sus términos, el “Cororín 19”. Además, en una suerte de déictica, los propios personajes de las pinturas interpelan al espectador-lector y dan su propio testimonio sobre la pandemia. Es decir, los personajes pintados por don Alfonso adquieren algún grado de agencia y hablan y narran su propia versión del asunto (Santos Granelo, 2012, pp. 13-50).

YO SO JUEZ DE PULGATORIO EL
 REIZ DE JAPONESES MEMANDO
 19 PAIZ PARA GANAVA LA
 JENTE ME PUSIERO NOMBRE
 CORORIN MOJER BIENE
 CONOSOTRO ES ANJELE DE
 INFIERNO EN CHINO MUJER
 SE PISO DE ICLECIA POR ESO
 SE SERCA LOS SASERDOTE
 ENTRE 3 JENTE DOMINAVA TODOS
 LOS SASERDOTE YA GANAMOS
 EL CRISTO ENTRE SE VASA ESTA
 LEIZ POCO POCO SE VAN SAZ
 19 PAIZ ESTA DOMINADO GRACIA
 LOS DOCTOR ME DA MOCHO CARNES
 Y COMEMO BIEN NOSOTRO NOSOMO
 SOMO DIABLO PERO NOSOI ASESIVO
 GRACIA LO QUE BIEN Y LOS SASERDOTE
 RESPETA ESTA LEIZ YA LOS REIZ JAPONESES
 ESTA CONTENTO INCHINO AFRICA PROSIMA
 EMARSO VA VENIR EL JAPON PARA ASER
 ACUERDO LOS REIZ.



Figura 1

Yo soy el Juez del Purgatorio, el rey de los japoneses me mandó [a] 19 país[es]. Para engañar a la gente me pusieron por nombre Cororín. [Una] mujer viene con nosotros, es Ángel del Infierno en chino. [La] mujer se puso de [o en la] iglesia por eso se acerca a los sacerdotes. Entre 3 gentes dominaba[mos] [a] todos los sacerdotes. Ya ganamos [a] el Cristo, entre se avanza esta ley, poco a poco avanza. 19 país[es] está dominando gracias a los doctor[es]; me dan mucha carnes y comemo[s] bien. Nosotros[s] no somo[s], somo[s] Diablo pero no soy asesino; gracias [a] lo que [me] invitan y [a que] los sacerdotes respeta[n] esta ley, ya los reyes de japoneses está[n] contento[s], en China, África. Próxima[mente], en marzo, va a venir el Japón para [h]acer acuerdos con los reyes.

Como se puede constatar en la transcripción que hago del texto de la Figura 1 —respetando mayormente la forma en que escribe don Alfonso y agregando algunas



palabras en corchetes para una mejor lectura—, el Juez del Purgatorio, una de las denominaciones del *Zithû*, fue enviado por los reyes nipones para enfermar inicialmente a la gente de 19 países. También dice que no viene solo, que en realidad son tres entidades las que fueron enviadas —aunque esta pintura está dedicada sólo a él—, entre ellos viene una mujer: Ángela, que se “puso” en la iglesia y por eso ahora los sacerdotes se acercan, seducidos por esta presencia femenina. En realidad, a lo que don Alfonso llama la “gran mentira” es el hecho de adjudicarle la pandemia a un virus —¿qué es un virus de la visión otomí?— y no a los “aires nefastos” o, más precisamente a los Ángeles del Infierno, seres nocturnos y patógenos. Con todo, la “enfermedad” —producto de los “aires nefastos”— no parece ser la culpable de las muertes, pues, como el mismo Diablo señala en la Figura 1, él no es el asesino, sino los doctores pues en coordinación con los sacerdotes les entregan ofrendas de carne para que los Diablos “trabajen” enfermando los cuerpos.

Figura 2

Yo soy japonesa, me pusieron [por] nombre Cororín 19, porque trabajamos en 19 país[es], gracia[s]. El [los] reyes japoneses me mandó [a] 19 país[es], yo como bien, gracias. Los doctor[es] [son] asesinos. Para conocer Ángel de[l] Infierno, no soy asesino. Los doctores [son] los asesinos, [es] gracias [a] aquellos que comemo[s] carne.

Somos tres gente[s], un Presidente del Infierno y un Juez del Purgatorio. Yo soy Pesadilla [en] Roma, ya pisamos Tierra Santa. La gente cristiana que se acerca con nosotros, ya sigo dominamos la Iglesia. Gracias [a que los] sacerdotes respetan esta ley, yo sigo pisando la Iglesia.

La Figura 2 está dedicada a Ángela, un demonio japonés que repite en términos generales la información de la pintura anterior. A ella también le pusieron por nombre “Cororín 19”. Habla en primera persona e interpela directamente al espectador, señala que a pesar de ser uno de los tres Ángeles del Infierno, ella tampoco es asesina —igual que en la pintura anterior el personaje principal se deslinda de la muerte de la gente, aunque no niega que la enferma—, pues son los propios doctores quienes asesinan a los pacientes que acuden a sus clínicas, considerados nuevamente como espacios de depredación y claramente temidos por los otomíes (Galinier, 2016, p. 52). Otra vez el personaje señala que le dan “carne” a cambio de enfermar a la gente. Señala además que es “Pesadilla” y que ha llegado hasta Roma —¿sede de Cristo-Sol?—, lugar al que se acercan los cristianos y en el cual ella los domina, ¿por medio de pesadillas, los enferma, los seduce?

Figura 3

1) Hospital de México llegó una mentira muy enorme. Mentira es. No es cierto. Está ésta en mentira. En China y Japón allá se vino, se contagia todos los países.

2) Mira esta figura, se ve [que es] mentira, es cara de Diablo, pero el doctor general se inyecta a la paciente para 2 días y no es cierto [que el] Cororín mata. Yo soy Diablo, como dijo en chino. Gracias a quien me mandó a todas parte ahorita ya comí bien.

3) Soy Lucifer del infierno, la gente de China me mandaron [a] toda[s] parte[s].

4) Yo soy Diablo de China.

5) [Al] Cororir no [le] tiene miedo la gente de San Pablito porque dijo los gente



“chingón” de adivino: Nosotros venimos [de] muy lejos, mi jefe trató [con los] chinos que viniéramos y yo me puse nombre que soy Cororir 19. Gracias a aquellos que ya comemos carne, por envidia que hizo los chinos con [el] sacerdote.

6) Lucifer mataba [en] todas partes según orden de [los] chinos; habló Lucifer, no te creas que somos asesinos.

7) Yo soy, mi nombre es Ángela, pero mi cargo [es de] Ángel del Infierno. Me dijo Lucifer que voy a comer carne.

8) En China no creen [en] los sacerdotes, por eso se estudia la mentira. No creen en Dios, [esos] creen [en] los elefantes. Y [en] Japón, en toda [clase] de animales salvajes, [son sus] dioses en Japón; ellos le hablan al Diablo, por eso le mandaba mentira Cororín, los pobres obispos se creen esta mentira.

9) Yo soy mentira Cororín pero yo no mato, gracias al doctor de México en dos días tenemos comida. Todos los Hospitales Generales nos dan de comer pura carne a nosotros. No matamos, no matamos, [es] mentira, los asesinó [el] doctor.

10) Yo soy Tecolote, me encargo de los mensajes [del] Purgatorio, antes [de que] se muera una persona yo le aviso.

Esta Figura 3 sintetiza las dos anteriores y agrega un poco más de información. Como sabemos, el contagio proviene de los países asiáticos pero ahora la narrativa del chamán se centra en los hospitales, en especial en el Hospital General de México —sede y matriz de todos los hospitales del país— lugar a donde llegó la “gran mentira”; es decir, una de las sedes desde donde se difunde la información médica acerca del virus SARS-COV2. No obstante, para don Alfonso, se trata de una mentira “muy enorme” dado que para los otomíes los causantes de la enfermedad son visiblemente los “aires nefastos”, el Diablo y sus huestes. Así, como en una suerte de microscopio chamánico, don Alfonso enfoca a los “aires nefastos” y dice: “¡Mira, es claramente un Diablo y no un virus!”.

Por su parte, es el mismo *Zithû* rojo quien adquiere una voz e interpela directamente al espectador y le dice quién es él. Lo mismo hace el Diablo morado o Ángela, una suerte de Sirena alada que trabaja bajo las órdenes del *Zithû*. Estos personajes-entidades tienen, por cierto, su propio recorte de papel en la iconografía de la terapéutica otomí; es decir esta estilización de los Diablos está claramente al servicio de la inteligibilidad con los interlocutores no indígenas, destinatarios privilegiados del arte de don Alfonso. Así, por ejemplo, en una “barrida” los pacientes otomíes verán los recortes de papel amate y no estos dibujos estilizados.

Asimismo, don Alfonso señala que gracias a sus adivinos-chamanes —“chingones”— supieron que estos Diablos vienen de muy lejos, de China, de Japón. Pero que se comportan del mismo modo que los Diablos otomíes; es decir, se mueven y trabajan al recibir una ofrenda y, en virtud de la posibilidad de intercambio y reciprocidad, es posible darles un tratamiento ritual adecuado para que no “irrumpan”, por ejemplo, en el país, la comunidad o en el cuerpo de un paciente.

Una explicación provisional sobre la pandemia

Los nombres y la figura de los personajes que asoman tanto en la entrevista como, recurrentemente, en las tres pinturas son en apariencia retomados de la cosmología judeocristiana. Sin embargo, bien visto, esto es parte de un ejercicio de traducción provisional puesto que las figuras del Juez del Purgatorio, Ángela y Lucifer, son también parte de la cosmología otomí —que organiza a las entidades de forma piramidal o de instancias de poder (Galinier, 2016, p. 25)— y que incluso son nombrados de

manera genérica como Diablos. Así, por ejemplo, habitualmente en castellano, y en otros contextos, al *Zithû* se le da el nombre de Lucifer. En efecto, el *Zithû*, es el verdadero jefe de los muertos en desgracia, de los “malos aires” y, por tanto, de los Diablos en general, de ahí que aparezca a la cabeza de este ejército de aires patógenos, es decir, al frente de voluntades sin cuerpos visibles que son confundidos con un virus.

Para don Alfonso, todo este conflicto nació de la envidia que sienten los reyes de los países asiáticos hacia los sacerdotes católicos —representantes de la Iglesia pero sobre todo de Dios— y decidieron perjudicarlos a ellos con el fin de desafiar al Cristo-Sol (Stresser-Péan, 2011). Para ello los monarcas asiáticos “contrataron” los servicios de los Diablos —esos Diablos que, aunque de origen asiático, representados por Lucifer, el Juez y Ángela, son equiparables a los propios Diablos otomíes— y pudieron hablar con ellos, a la manera de chamanes, dado que los monarcas asiáticos tienen de por sí tratos habituales con divinidades salvajes, como los elefantes o los tigres, que habitan la selva o el monte, igual que el Diablo y sus secuaces. Gracias a ello, los monarcas asiáticos pudieron establecer un trato con los Diablos. Lo propio sería decir que les dieron una ofrenda —los Diablos no pueden negarse a recibirla— para que “trabajaran” enfermando gente. De hecho, en la Figura 1, el Diablo hace hincapié en que él no es asesino, no hace nada de acuerdo a su voluntad, él come la carne —es decir consume el cuerpo del enfermo— pero quien asesina son los propios doctores por medio de las medicinas o inyectando vacunas.

Al parecer, entonces, todo este conflicto cosmopolítico otomí se presenta como una pandemia, un juego de negociaciones entre dominios —mitades del mundo— y entre saberes chamánicos. Así, para don Alfonso, es necesario repeler la enfermedad negociando con distintos existentes humanos y no-humanos y, en este caso, reconociendo y ofrendando a los agentes patógenos. Por lo tanto, ofrendar, negociar, y acaso convivir con el virus —o los “aires nefastos”— es la lección chamánica y cosmopolítica que ofrece la visión otomí. Quizás hoy día, en un mundo global, los asiáticos estén ocupando ese lugar de contraste que han ocupado en otros tiempos distintas alteridades. Como señala Israel Lazcarro: “De no haber hacendados y caciques, los otomíes tendrían que generar algún otro sector con el cual oponerse, contrastarse y articular simbólicamente su mundo” (Lazcarro, 2011). ¿Aparecerán chinos y japoneses en los próximos carnavales otomíes?

¿Qué nos dice todo este aparente enredo? Desde la visión otomí, expresada tempranamente en su discurso y después en las pinturas de don Alfonso Margarito García Téllez, la estrategia de lucha contra la enfermedad conocida como COVID-19 era errada, pues en abril de 2020 señala que: “eso que dice el gobierno no es cierto, el

virus no existe, son los aires, ellos andan desatados y enfermando”. Desde el inicio, don Alfonso no negaba la existencia de enfermedad —esa siempre acecha, aseguraba—, lo que cuestionaba era el crédito del agente patógeno. Es decir, la enfermedad era real, pero el diagnóstico inexacto. Para él los culpables de los padecimientos eran los “aires nefastos”, seres que son producto de los muertos en desgracia, particularmente virulentos (Galinier, 2016, p. 21).

Estas pinturas de don Alfonso Margarito son parte de un esfuerzo explicativo para traducir a nuestros términos —hay que recordar que los principales compradores del arte de don Alfonso son personas no indígenas— lo que para un otomí es de por sí elocuente. Se trata claramente un ejercicio de antropología otomí para explicarnos, en términos que el chamán imagina nos son familiares, la complejidad de la pandemia por COVID-19 y las posibles formas de enfrentarla. Estas pinturas son, por cierto, un ensayo de antropología inversa por parte de don Alfonso (Wagner, 2020), pues incluso el hecho de escribir en español y de dibujar, así como poner a la venta estas pinturas, es parte de un ejercicio de traducción y diálogo con la sociedad no indígena.

Conclusiones

Más allá de una simple anécdota, ¿qué implicaciones tiene que los pueblos indígenas conciban los procesos de salud-enfermedad de un modo distinto al de los sistemas médicos institucionales? Si bien algunos organismos como el INALI se esfuerzan por traducir a las distintas lenguas indígenas la información científica acerca del COVID-19, algo falla, pues no logran traducir los contenidos culturales. El Estado traduce términos sin importar demasiado las implicaciones culturales. El efecto es la incomprensión mutua.

Hace un año, Els Lagrou, explicaba en clave trófica la visión amazónica del COVID-19. Básicamente señalaba que la enfermedad era producto de haber comido algún animal salvaje sin las precauciones o deferencias necesarias, por lo que el espíritu del animal o el dueño de los animales había enviado una enfermedad como represalia (Lagrou, 2020). Los otomíes no leen en clave alimenticia la pandemia sino en términos de dos grandes dominios que posibilitan la vida humana (Galinier, 1990). Según la mitología otomí, el mundo está dividido en dos mitades, una pertenece a Cristo-Sol y la otra pertenece al *Zithû*. También el cuerpo humano adquiere esta división: a la parte superior la caracteriza el pensamiento mientras que a la parte inferior

la define el deseo. Los altares de los chamanes también tienen esta distribución, y el cosmos otomí en su conjunto. En esta clave es que don Alfonso nos propone leer la pandemia. Así, un conflicto cósmico adquirió también dimensiones globales debido a la envidia de los reyes asiáticos que desataron la enfermedad a nivel del orbe.

En un contexto en el que los sistemas de salud son insuficientes, precarios, incluso deficientes, no es extraño que los otomíes recurran y confíen más en sus propios sistemas terapéuticos. O bien que tengan, además, sus propias explicaciones sobre la pandemia. Los otomíes poseen sus modos de lidiar con la adversidad y el infortunio, inclusive buscan sus traducciones —provisionales—, como la de don Alfonso Margarito en la que el COVID-19 sería el nombre que los no indígenas les dan a los Diablos o a los “aires nefastos”.

Contrario a lo que comúnmente se pensaría, los otomíes no se conforman con una estrategia ritual o chamánica. A la par, los migrantes otomíes envían a sus parientes dinero desde los Estados Unidos, lo cual les permite, entre otras cosas, no salir a vender a las grandes ciudades y quedarse en casa. Es decir, establecen mecanismos de ayuda más eficaces que los propios apoyos gubernamentales, y eso también es otra forma de contrarrestar la pandemia.

El Estado está obligado a garantizar los servicios de salud a todo ciudadano, independientemente de las concepciones que los pueblos indígenas tengan sobre una enfermedad como el COVID-19. En un escenario ideal, el Estado y sus instituciones de salud tendrían que brindar atención con pertinencia cultural y en sus propias lenguas maternas. Esto no ocurre. Lo que sí sucede es que cualquier persona que escuchara la opinión de don Alfonso Margarito vería en ello ignorancia o, por lo menos, irresponsabilidad. Lo cierto es que cuando los procedimientos chamánicos no resultan eficaces —ya que todo sistema médico es falible—, los otomíes recurren sin ningún problema a los sistemas de salud alópatas —corriendo el riesgo de ser discriminados o maltratados por no hablar correctamente el español—, pues a ambos sistemas médicos los consideran incluso complementarios.

En un contexto urbano, de personas no indígenas y escolarizadas, nadie ve como un acto de ignorancia que una persona enferma se encomiende a alguna divinidad judeocristiana, ni como un signo de atraso, o parte de un pensamiento arcaico, el que se considere la oración como un recurso religioso para paliar la enfermedad. Sin embargo, se condena y se tilda de ignorante cualquier forma disidente de ritualidad, sobre todo si proviene de los pueblos originarios. Ante una emergencia sanitaria como la que estamos viviendo, resulta urgente comprender que existen interpretaciones divergentes sobre el COVID-19, y que es obligación del Estado diseñar e implementar

políticas públicas de salud con pertinencia cultural, y apegada a los derechos de los pueblos indígenas del país.

Referencias

Arias Gallardo, P.

(2012). *Ritual, palabra y cosmos otomí: yo soy costumbre, yo soy de antigua*. IIH-UNAM.

Déléage, P.

(2018). Préface. En A. M. García Téllez, *Écrits, manuscrits à miniatures otomi*, Francia, Société d'ethnologie, (pp. 7-41).

Galinier, J.

(2016). *Una noche de espanto. Los otomíes en la oscuridad*. Universidad Intercultural del Estado de Hidalgo, Société d'Ethnologie, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos.

Galinier, J.

(1990). *La mitad del mundo. Cuerpo y cosmos en los rituales otomíes*, UNAM-CEMCA-INI.

Lagrou, E.

(14 de abril de 2020). Nisun: La venganza del pueblo murciélagos y lo que nos puede enseñar sobre el nuevo coronavirus. *El caminero*. <https://caminero1320.wordpress.com/2020/04/14/nisun-la-venganza-del-pueblo-murcielago-y-lo-que-nos-puede-ensinar-sobre-el-nuevo-coronavirus-por-els-lagrou/>

Lazcarro, I.

(2014). Bajo el régimen de las multiplicidades: cosmopolítica en la milpa otomí en la huasteca veracruzana. *Estudios de Cultura Otopame*, 9(1), 197-242.

Lazcarro, I.

(2011). El Cristo-Sol en el tiempo otomí: De la Revolución Mexicana al lopezobradorismo. *Pacarina del Sur*. <http://www.pacarinadelsur.com/home/indoamerica/336-el-cristo-sol-en-el-tiempo-otomi-de-la-revolucion-mexican-al-lopezobradorismo>

Pérez Téllez, I.

(6 de junio de 2021). Los aires nefastos, los Diablos y la COVID-19. *Sin Embargo*. <https://www.sinembargo.mx/06-06-2021/3984084>

Pérez Téllez, I.

(17 de mayo de 2020). Los aires nefastos otomíes y la COVID-19. *Sin Embargo*. <https://www.sinembargo.mx/17-05-2020/3787203>

Pérez Téllez, I.

(9 de junio de 2019). *Écrits, Manuscrits à miniatures otomi*, un libro del chamán otomí Alfonso Margarito García Téllez. *Sin Embargo*. <https://www.sinembargo.mx/09-06-2019/3591191>

Santos Granero, F. (editor)

(2012). *La vida oculta de las cosas. Teorías indígenas de la materialidad y personificación*. Abya-Yala.

Sirén, A., Uzendoski, M., Swanson, T., Jácome-Negrete, I., Sirén-Gualinga, E., Tapia, A., Dahua-Machoa, A., Tanguila, A., Santi, E., Machoa, D., Andi, D. y Santi, D.

(2021). Resiliencia contra la pandemia de COVID-19 en comunidades indígenas kichwa en la

Amazonía ecuatoriana. *Mundos plurales*. *Revista Latinoamericana de Políticas y Acción Pública*, FLACSO, Ecuador, 7(2), 101-107. <https://doi.org/10.17141/mundosplurales.2.2020.4738>

Stresser-Péan, G.

(2011). *El Sol-Dios y Cristo. La cristianización de los indios de México vista desde la Sierra de Puebla*. FCE-CONACULTA-CEMCA.

Trejo Barrientos, L., Gómez Martínez, A., González González, M., Guerrero Robledo, C., Lázcaro Salgado, I. y Sosa Fuentes, S. M.

(2014). *Sonata Ritual. Cuerpo, cosmos y envidia en la Huasteca meridional*, INAH.

Wagner, R.

(2020). *La invención de la cultura*. Nola Editores